

Entrevista a la cineasta española Vicky Calavia,
directora del documental:
María Moliner. Tendiendo palabras.

Cualquier libro, en cualquier lugar, para cualquier persona.

por Ángela Pradelli.
para la Academia Argentina de Letras.

Siguiendo la huella de María Moliner, durante cuatro años y medio la cineasta española Vicky Calavia investigó y tomó testimonios en tres escenarios diferentes -Madrid, Zaragoza y Paniza-. Calavia, de Zaragoza como María Moliner, filmó más de treinta horas y el resultado es un hermoso documental que estrenó en 2017: *María Moliner. Tendiendo palabras*. El documental se vio en todos los Institutos Cervantes del mundo, fue subtítulo a siete idiomas y lo proyectaron dos veces en la Televisión Española. Recientemente, por los 125 años de María Moliner, Maité Moret y Andrea Ariño, profesoras de la Universidad de Zaragoza elaboraron una guía didáctica sobre el documental, financiada por la Dirección General de Cultura del Gobierno de Aragón. La guía será distribuida en las escuelas. La directora rescata también el trabajo de María Moliner previo a la confección del diccionario, quien en 1931 junto al poeta Luis Cernuda y al bibliotecario Juan Vicens diseñó un Programa de Lectura que pertenecía al Patronato de las Misiones Pedagógicas y en el que también trabajaban María Zambrano, Antonio Machado, Rafael Alberti y varios artistas y escritores. “Cualquier libro, solía repetir María Moliner, en cualquier lugar, para cualquier persona”. En ese marco se crearon más de 5500 bibliotecas, muchas de las cuales fueron quemadas después de la Guerra Civil. Lo que sigue es el fruto de una conversación que mantuvimos, vía zoom, en la que la cineasta cuenta por qué y cómo filmó este trabajo.

1

María Moliner era de Paniza, que es un pequeño pueblo cerca de Zaragoza. Pero yo en realidad llegué a ella y a los diccionarios gracias a mi madre, que era maestra de escuela infantil. Mis dos hermanas y yo, a veces, le pedíamos ayuda cuando hacíamos los deberes. Entonces ella colocaba sobre la mesa un diccionario del año 1875, que había sido de mi abuelo. Yo tenía con ese diccionario una relación de amor-odio porque para mí significaba el sustituto de mi madre. Con el tiempo le fui cogiendo más amor hasta que me volví devota. Gracias a aquel diccionario de mi abuelo aprendí a escribir, a expresarme, y a usar mejor el lenguaje y la riqueza de la lengua española. Luego, una de

mis hermanas estudio Filosofía y Letras y se compró el diccionario de María Moliner, en una versión reducida porque entonces era muy caro. Siempre he utilizado diccionarios para escribir guiones, para buscar sinónimos, para los títulos de mis documentales. Cuando empecé a hacer cine, documentaba para otros realizadores de Aragón Televisión. Trabajé para otro director, Emilio Casanova, en una serie que se llamaba *Estampas*, y que reunía 50 personalidades ilustres de Aragón entre los que estaban Francisco de Goya, Luis Buñuel, Pablo Gargallo, y sólo había cuatro mujeres. Una de ellas era María Moliner. Leí mucho material sobre ella, sobre su talento, su trayectoria. Una de las cosas que más me llamó la atención fue que en el final de su vida, María Moliner había perdido la memoria y tenía dificultades con el lenguaje. Justo ella, la mujer que lo había nombrado todo. Empecé a buscar documentales sobre ella, y sólo encontré uno, bastante antiguo, de la Televisión Española. Yo siempre había tomado personajes de cine, o relacionados con algo más artístico o cultural. Hacer un documental sobre una persona que había hecho un diccionario era un reto para mí por lo complicado. Empecé a desarrollar el guion, que también tiene una parte ficcionada en la que hay una actriz que va detrás de la huella de María Moliner, en las bibliotecas de Zaragoza. Buscaba su esencia, su halo más poético. Me interesaba que la primera parte del documental contara quién era María Moliner antes de empezar a hacer el diccionario, de dónde venía, dónde había aprendido a hacer esas fichas que luego usó como metodología para confeccionar su diccionario.

2

Los escritores que convoqué para el documental aceptaron todos inmediatamente, también los filólogos y los lingüistas. Los miembros de la RAE se reúnen una vez por semana para revisar el diccionario y ampliarlo. Son más de cien personas. Me invitaron a que fuera a una de esas reuniones y entonces pude grabarlos a todos el mismo día. Algo curioso: por un lado estaban reunidos haciendo las correcciones al diccionario de la RAE y al mismo tiempo, algunos iban saliendo para, en paralelo a esa reunión, dar sus testimonios para el documental de María Moliner. Todos fueron muy respetuosos y me hablaban de María Moliner como de una persona muy luminosa, y también con mucho amor. Debo decir que durante el rodaje aprendí muchísimo, tanto de los escritores como de los lingüistas. Fue como asistir a una masterclass, porque es gente que sabe muchísimo y se expresa maravillosamente.

Yo quería incluir el testimonio de alguien que hubiera aprendido a hablar el español con el *María Moliner*, y tenía previsto un casting en la Universidad de Zaragoza porque me habían dicho que allí había muchos inmigrantes de China, y sobre todo de Japón. Quería buscar el estudiante que se expresara mejor y que a su vez, diera bien en cámara. Por esos días me encontré en la calle con un amigo, Marco Dugnani, que es un bailarín italiano del Ballet de Milán y que ahora forma parte del Ballet de Zaragoza. Marco también es profesor y da clases de danza. Cuando le conté que estaba trabajando en este documental, me dijo que él mismo había aprendido el español con el *María Moliner* y que aún lo seguía usando todos los días. Suspendí entonces el casting e invité a Marco a participar en el documental.

Fueron los escritores iberoamericanos, como Julio Cortázar y Gabriel García Márquez, los que le dieron a María Moliner el espaldarazo internacional más importante. Los escritores la valoraban porque el suyo era un diccionario de uso que los ayudaba mucho. También hubo lingüistas europeos que hablaron muy bien de su trabajo y de la proeza que había hecho. Pero lamentablemente nadie es profeta en su tierra. María Moliner no entró en la Real Academia Española. No sólo había resistencia sino también rechazo. Uno de los motivos era, sin duda, que María Moliner era mujer, y en ese momento en la Academia no había más que hombres. Otra razón era que los más puristas la veían como una intrusa porque ella era bibliotecaria y archivera pero no era filóloga. Además en ese momento se presentaron a la par otros candidatos, que eran brillantes pero eran más jóvenes. Y otro motivo muy curioso es que Camilo José Cela no sólo se negó sino que también influyó bastante sobre el resto de los académicos. Cela decía que en el diccionario de María Moliner no había tacos, es decir, palabras malsonantes, expresiones groseras populares que la gente dice, por ejemplo, cuando se enfada, o cuando algo le sale mal. Nadie me supo explicar en las entrevistas por qué María no había incluido tacos, pero yo tengo mi propia teoría. Ella intentaba dulcificar las cosas ásperas, no les daba importancia, las dejaba pasar. Creo que por un lado ella nunca usaba esas palabras y, por otro, María tenía una labor no sólo divulgativa sino también educativa. Si nos ponemos a pensar, siempre hay palabras para reemplazar las soeces. Hay muchos sinónimos que se pueden usar en lugar de las palabras malsonantes, podemos elegir entre varias opciones. María estaba empeñada en que la lengua española, que es tan rica, amplia y tan vasta, se usara bien. Pero a Cela esto le pareció muy mal, votó en contra de María y convenció a otros para que lo siguieran.

Yo llevaba el *María Moliner* a todas las entrevistas porque quería que saliera siempre en la imagen, estaba empeñada en que el diccionario apareciera siempre. Cuando grabamos en la Real Academia, alguien de la burocracia me contestó que, como María no había pertenecido a la Academia, los testimonios no se podían grabar allí. Pero hablé con José Manuel Blecha, que había sido presidente de la RAE desde el 2010 hasta el 2014. A él le hizo gracia el episodio y me dijo que fuera tranquila que todo iba a estar bien. Por si acaso, el día que filmamos llevé mi propio diccionario. Pero por suerte no hizo falta porque me dieron el ejemplar de la RAE. Fue una anécdota graciosa, pero recuerdo que pensé: “Pasó tanto tiempo, y hoy la Academia casi la rechaza otra vez”. Me ha hecho mucha ilusión el hecho de que, muchos años después, ella ha entrado gracias al documental.

María Moliner tenía muchas anotaciones para agregar a la segunda edición, pero como ella perdió la memoria ya no pudo ampliarla ni supervisarla. Cuando murió, los hijos se encargaron de ese trabajo con la supervisión de RBA, la nueva editorial, la primera fue Gredos. En primer lugar, había que tomar una decisión con relación a si se publicaba la

misma versión o se ampliaba agregando esas anotaciones de María Moliner y también otras . Luego, otra cuestión, que fue polémica, era el orden de las palabras. Una posibilidad era respetar la versión original, es decir, la familia de palabras; la otra, propuesta por la editorial, era establecer un orden alfabético; la editorial pensaba que sería más dinámica, más ágil. Eso fue una disyuntiva entre los lingüistas, que también se dividieron entre los que pensaban que había que respetar la versión de la autora, y los que creían que había modificarlo.

6

Su hija Carmen cuidó de ella hasta el final de sus días. Cuando fui a su piso de Madrid a entrevistarla vi la máquina de escribir de María Moliner, sobre la misma mesa en la que ella escribía, y casi lloro de emoción. Las dos cosas se ven en la película. Carmen es la que tiene casi el grueso de la documentación más íntima, más personal: las fotos familiares, cartas. También incluí fotografías de los archivos de la Biblioteca Nacional, de la Filmoteca Española, entre otras instituciones.

7

Este documental fue para mí una de las experiencias más bonitas que he tenido; también de las más intensas, tanto profesional como personal. Ella fue un personaje muy luminoso, que me sigue acompañando. Yo sigo consultando siempre el *María Moliner*. Creo que ella hizo una labor maravillosa de dar a conocer la lengua y la cultura. María Moliner quería incluir, por ejemplo, todas las comunidades autónomas, todas las formas diferentes de hablar. Era inclusiva, no exclusiva. Ahora aquí en España ese es un gran tema, las lenguas de las diferentes regiones. Era favorable a reunir las diferentes expresiones de las personas, a divulgarlas. También a enseñar a leer y a enseñar el ABC de la cultura, leyendo. La admiro profundamente. La considero una heroína quijotesca y si con este documental he contribuido a difundir su figura y su trabajo, pues estoy muy orgullosa y feliz.

8

Le dediqué el documental a mi madre porque fue ella la que me enseñó el amor a los diccionarios. Aún hoy, tengo el diccionario de mi abuelo. Lo uso debajo de mi ordenador, para subirle la altura. Y el *María Moliner* aquí donde escribo, detrás de mí. Lo consulto siempre. pero tengo que decir que la mayoría de las personas que vio el documental no sabía quién era María Moliner, incluso en España. Por otra parte, hoy, las personas menores de veinticinco años no conocen los diccionarios porque nunca usaron uno. Actualmente los diccionarios en papel están en desuso, los que seguimos usándolos somos unos románticos. En las escuelas ni siquiera se enseña quién fue María Moliner, es decir, hoy ella es una gran desconocida en su propio país.

Terminado el documental, mi madre partió. La mañana en que fui a su casa para enseñarle la versión terminada, ella había muerto unas horas antes.

¿Qué dijo Gabriel García Márquez sobre María Moliner?

La mujer que escribió el diccionario, de Gabriel García Márquez (fragmentos)

Hace tres semanas, de paso por Madrid, quise visitar a María Moliner. Encontrarla no fue tan fácil como yo suponía: algunas personas que debían saberlo ignoraban quién era, y no faltó quien la confundiera con una célebre estrella de cine. Por fin logré un contacto con su hijo menor, que es ingeniero industrial en Barcelona, y él me hizo saber que no era posible visitar a su madre por sus quebrantos de salud. Pensé que era una crisis momentánea y que tal vez pudiera verla en un viaje futuro a Madrid. Pero la semana pasada, cuando ya me encontraba en Bogotá, me llamaron por teléfono para darme la mala noticia de que María Moliner había muerto. Yo me sentí como si hubiera perdido a alguien que sin saberlo había trabajado para mí durante muchos años. María Moliner -para decirlo del modo más corto- hizo una proeza con muy pocos precedentes: escribió sola, en su casa, con su propia mano, el diccionario más completo, más útil, más acucioso y más divertido de la lengua castellana. Se llama *Diccionario de uso del español*, tiene dos tomos de casi 3.000 páginas en total, que pesan tres kilos, y viene a ser, en consecuencia, más de dos veces más largo que el de la Real Academia de la Lengua, y -a mi juicio- más de dos veces mejor. María Moliner lo escribió en las horas que le dejaba libre su empleo de bibliotecaria, y el que ella consideraba su verdadero oficio: remendar calcetines. Uno de sus hijos, a quien le preguntaron hace poco cuántos hermanos tenía, contestó: «Dos varones, una hembra y el diccionario». Hay que saber cómo fue escrita la obra para entender cuánta verdad implica esa respuesta.

Sólo cuando el (hijo) menor empezó la carrera de ingeniero industrial, María Moliner sintió que le sobraba demasiado tiempo después de sus cinco horas de bibliotecaria, y decidió ocuparlo escribiendo un diccionario.

Es un diccionario de uso; es decir, que no sólo dice lo que significan las palabras, sino que indica también cómo se usan, y se incluyen otras con las que pueden reemplazarse. «Es un diccionario para escritores», dijo María Moliner una vez, hablando del suyo, y lo dijo con mucha razón.

Calculó que lo terminaría en dos años, y cuando llevaba diez todavía andaba por la mitad. «Siempre le faltaban dos años para terminar», me dijo su hijo menor. Al principio le dedicaba dos o tres horas diarias, pero a medida que los hijos se casaban y se iban de la casa le quedaba más tiempo disponible, hasta que llegó a trabajar diez horas al día, además de las cinco de la biblioteca. En 1967 -presionada sobre todo por la Editorial Gredos, que la esperaba desde hacía cinco años- dio el diccionario por terminado. Pero siguió haciendo fichas, y en el momento de morir tenía varios metros de palabras nuevas que esperaba ver incluidas en las futuras ediciones. En realidad, lo que esa mujer de fábula había emprendido era una carrera de velocidad y resistencia contra la vida.

Su hijo Pedro me ha contado cómo trabajaba. Dice que un día se levantó a las cinco de la mañana, dividió una cuartilla en cuatro partes iguales y se puso a escribir fichas de palabras sin más preparativos. Sus únicas herramientas de trabajo eran dos atriles y una máquina de escribir portátil, que sobrevivió a la escritura del diccionario. Primero trabajó en la mesita de centro de la sala. Después, cuando se sintió naufragar entre libros y notas, se sirvió de un tablero apoyado sobre el respaldo de dos sillas. Su marido fingía una impavidez de sabio, pero a veces medía a escondidas las gavillas de fichas con una cinta métrica, y les mandaba noticias a sus hijos. En una ocasión les contó que el diccionario iba ya por la última letra, pero tres meses después les contó, con las ilusiones perdidas, que había vuelto a la primera. Era natural, porque María Moliner tenía un método infinito: pretendía agarrar al vuelo todas las palabras de la vida. «Sobre todo las que encuentro en los periódicos», dijo en una entrevista. «Porque allí viene el idioma vivo, el que se está usando, las palabras que tienen que inventarse al momento por necesidad». Sólo hizo una excepción: las mal llamadas malas palabras, que son muchas y tal vez las más usadas en la España de todos los tiempos. Es el defecto mayor de su diccionario, y María Moliner vivió bastante para comprenderlo, pero no lo suficiente para corregirlo.

Pasó sus últimos años en un apartamento del norte de Madrid, con una terraza grande, donde tenía muchos tiestos de flores, que regaba con tanto amor como si fueran palabras cautivas. Le complacían las noticias de que su diccionario había vendido más de 10.000 copias, en dos ediciones, que cumplía el propósito que ella se había impuesto y que algunos académicos de la lengua lo consultaban en público sin ruborizarse. A veces le llegaba un periodista desperdigado. A uno que le preguntó por qué no contestaba las numerosas cartas que recibía le contestó con más frescura que la de sus flores: «Porque soy muy perezosa».

*El texto completo de Gabriel García Márquez puede leerse en:

<https://www.ceciliamaugeri.com.ar/la-mujer-que-escribio-el-diccionario-por-gabriel-garcia-marquez/>

*Para quienes quieran profundizar en el tema de las Misiones Pedagógicas dejamos aquí el enlace al excelente documental *Misiones Pedagógicas 1934 - 1936. República española*. <https://www.youtube.com/watch?v=tYmfcvXqUBM>